

Las normas de cortesía son un tema candente en la actualidad. Ya desde hace tiempo conocemos casos de bohemios que dicen ser genios incomprensidos, abanderados del lema “es mejor pedir perdón que pedir permiso”, que ruegan disculpemos sus malas formas ya que de lo contrario el mundo se estaría perdiendo la mayor contribución de la década. De hecho, esta práctica se ha extendido a la política con el ejemplo de Donald Trump, candidato a la presidencia de Estados Unidos, que apuesta por eliminar las barreras de la cortesía con la promesa de “volver a hacer a América grande”. Esto le ha valido el apoyo de buena parte de la población de su país, pero, ¿qué hay de los demás?

¿Deberían quedar los considerados mediocres relegados a una vida conforme a las convenciones cívicas porque no son lo suficientemente buenos para saltárselas? A lo mejor estas personas no son en realidad tan limitadas como parece, sino que además de ser tan capaces como los genios incomprensidos también son capaces de controlarse y tratar con deferencia a los demás. Estas son las verdaderas personas que hacen avanzar la sociedad porque no excluyen de primeras a los que no son como ellos. Además son capaces de un nivel mayor de abstracción, porque recordemos que una persona educada puede elegir no serlo en un momento determinado, y no al revés.

Esto no significa un compromiso o un término medio entre cortesía e impulsividad, significa que debemos ser capaces de controlarnos a nosotros mismo para poder ser capaces de controlar las más difíciles situaciones. Solamente así seremos realmente libres.